europea se conduce de un modo inicuo con los árabes. ¿Cómo no han de seguir los colonos un sistema y un ejemplo que tan bien responden á sus intereses?

Hay que hacer constar, sin embargo, que, desde hace algunos años, hombres muy inteligentes y expertos en materia de cultura, parecen haber mejorado bastante el estado general de la colonia. Argelia se convierte, gracias á los esfuerzos de esos hombres, en un país productivo. La población que se forma no trabaja sólo en favor de sus intereses personales sino también en pro de los franceses.

Cierto es que el suelo, en manos de esos hombres, producirá lo que jamás hubiera producido en las de los árabes; es seguro que la población primitiva desaparecerá poco á poco, y es indudable que tal desaparición será provechosa para Argelia; pero es indigno que se cumpla del modo que se hace.

CONSTANTINA

Constantina

Del Chabet hasta Setif diríase que se atraviesa un país de oro. Los sembrados, cortados muy altos y no al ras de la tierra como en Francia, machacados por los pies de los rebaños, mezclando su color claro de paja al color más obscuro del suelo, dan á la tierra el matiz cálido y rico de los dorados antiguos.

Setif es una de las ciudades más feas que cabe imaginar.

Luego hasta Constantina se atraviesan interminables llanuras. Los grupos de árboles que de trecho en trecho las alegran les dan cierto parecido con una mesa de pino sobre la cual se hubieran esparcido arbolitos de Nuremberga.

Aquí está Constantina, la fenomenal, Constantina la rara, guardada, como por una serpiente que se

enroscara á sus pies, por el Rumel, el fantástico Rumel, río de poema que se creería soñado por el Dante, río de infierno corriendo en el fondo de un abismo rojo como si las llamas eternas le hubiesen abrasado. Ha convertido su ciudad en una isla, ese río celoso y sorprendente; la rodea de un abismo terrible y tortuoso, de peñascos deslumbrantes y extraños, de muros rectos y dentados.

Los árabes dicen que la ciudad parece un albornoz extendido. La llaman Belad-el-Haoua, la ciudad del aire, la ciudad del torrente, la ciudad de las pasiones. Domina valles admirables cubiertos de ruinas romanas, de acueductos de gigantescas arcadas, llenas también de una maravillosa vegetación. La dominan las alturas de Mansura y de Sidi-Meçid.

Aparece en pie sobre el peñasco, defendida por su río, como una reina. Una vieja canción la glorifica: «Bendecid, dice á sus habitantes, á vuestros abuelos que han construido la ciudad en el peñascal. Los cuervos excretan sobre la gente; vosotros excretáis sobre los cuervos.»

Las calles populosas son más bulliciosas que las de Argel, más llenas de vida, recorridas sin cesar por gentes de diversas razas, árabes, kabilas biskris, mzabis, negros, moras veladas, spahis rojos,

turcos azules, kadis graves, oficiales relucientes. Y los vendedores empujan delante de ellos asnos, esos borriquitos del Africa, pequeños como perros, caballos, camellos lentos y majestuosos.

Benditas sean las judías. Tienen aquí una belleza soberbia, severa y encantadora. Pasan envueltas antes que vestidas en telas deslumbradoras, matizadas, preciosas, sabiendo cómo han de ajustarlas á su cuerpo para ser aún más bellas. Llevan los brazos desnudos desde el hombro, brazos de estatua que exponen sin temor al sol, así como sus rostros tranquilos de líneas rectas y puras. Y el sol parece que no puede morder aquella carne pulida.

Lo que alegra más la mirada en Constantina son las niñas, las niñitas, con sus vestidos que parecen disfraces, con vestidos de cola de seda azul ó encarnada, cubierta la cabeza con velos de tisu de oro y plata, las cejas pintadas y prolongadas, como un arco sobre los ojos, las uñas teñidas, el rostro y la frente tatuados á veces con una estrella, la mirada atrevida y ya provocadora, fijándose en quien las admira, andan con paso menudo y rápido dando la mano á un árabe alto, que es su criado.

Diríase que aquello es una nación de cuento de hadas, una nación de mujercitas galantes, porque aquellas niñitas tienen aspecto de mujer por su ata-

vío, por su coquetería, por los afeites del rostro. Llaman con los ojos, como las mujeres; son encantadoras, irritantes como monstruos adorables. Parece aquella ciudad una pensión de cortesanas de diez años, semilla de amor que se abre á la vida.

Ante nosotros está el palacio de Hadj-Ahmed, una de las mejores muestras de la arquitectura árabe, á lo que se dice. Todos los viajeros lo han celebrado, comparándolo á las habitaciones de las Mil y una Noches.

Nada tendría de particular si los jardines interiores no le daban un aspecto oriental muy bonito. Se necesitaría un volumen para contar las ferocidades, las dilapidaciones, todas las infamias del que lo construyó con materiales preciosos arrancados de las ricas viviendas de la ciudad y de sus contornos.

El barrio árabe de Constantina ocupa la mitad de la ciudad. Las calles son empinadas, más tortuosas y estrechas que las de Argel y van hasta el borde del abismo por donde corre el Rumel.

En otro tiempo ocho puentes atravesaban el precipicio. Seis de ellos están ruinosos. Sólo uno, de origen romano, da clara idea de lo que fuera. El Rumel, de trecho en trecho, desaparece bajo colosales arcadas que él mismo ha abierto. Sobre una de ellas fué construído el puente. La bóveda natu-

ral por donde pasa el río tiene una altura de cuarenta y un metros y tiene un espesor de dieciocho metros; los cimientos de la construcción romana están, pues, *á cincuenta y nueve metros* sobre el agua y el puente tenía dos pisos, dos hileras de arcos superpuestos sobre el gigantesco arco construído por la naturaleza.

Hoy día un puente de hierro de un solo arco da entrada á la ciudad.

Pero hay que marchar y llegar á Bona, linda ciudad que recuerda las que hay en Francia á orillas del Mediterráneo.

El *Kléber* tiene las calderas encendidas junto al muelle. Son las seis. El sol se pone en el desierto cuando el buque emprende la marcha.

Yo permanezco hasta la noche sobre cubierta con la mirada vuelta hacia la tierra que desaparece entre una nube purpúrea, en la apoteosis de una puesta de sol gloriosa, en una polvareda de oro rosado que salpica el amplio manto de azur del firmamento.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Al sol	7
El mar	15
Argel	21
La provincia de Orán	29
Bu-Amema	47
Provincia de Argel	61
El Zar'ez	91
La Kabilia-Bugie	159
Constantina	187